

siones que iban á comprometer el órden , tal cual aquellos soberanos le entendian , debe ser una verdad para todos demostrada , que la razon sugiere , y que los hechos apoyan del modo mas irresistible. Si no basta para esta conviccion la repugnancia con que dichos príncipes reconocieron el gobierno constitucional de España , si no bastan las invectivas , las acusaciones de que estan llenos cuantos escritos pasaban entonces por ser órganos de sus voluntades , si aun puede quedar duda de los auxilios en todo género con que cooperaron y auimaron tan innumerables hordas de facciosos que infestaban nuestro suelo los congresos de Troppau y de Laibach con los resultados lamentables que para la causa de la libertad tuvieron , presentarán á nuestros ojos la prueba mas evidente , el testimonio mas irrefragable de sus verdaderos sentimientos , de las intenciones hostiles que hacía nosotros abrigaban. El trastorno de un órden de cosas que los comprometia en su opinion de un modo tan vital , era el objeto de mas interés de que se ocupaba su política. Conseguido en Nápoles , conseguido en el Piamonte , no quedaba á instituciones tan odiosas mas asilo que el de la Península , y puesto que hasta entonces habian resistido á los embates de la guerra civil , á las sugestiones de la fascinacion , á todas las tramas criminales que se habian fraguado en mil sentidos , aconsejaba la prudencia á dichos soberanos tentar ya los últimos medios de la fuerza armada.

Los gobiernos de Rusia , Austria y Prusia eran absolutos ; nadie podia estrañar en ellos su modo de obrar tan arreglado á sus principios. El de Francia no lo era ; mas nadie ignoraba los principios , las miras y las pretensiones del gabinete de las Tullerías , las influencias antiliberales que le dominaban , los sentimientos de enemistad con que miraba cuanto en aquel pais era un recuerdo de emancipacion política. La carta francesa otorgada por la misma corona , era objeto de sus odios ; ¿ lo seria de benevolencia la Constitucion de España , promulgada por los órganos del pueblo ? ¿ No circulaban entre nosotros la Gaceta de Francia , la Cotidiana y la Bandera Blanca ? ¿ No existia un cordon sanitario que se habia convertido en egército de observacion hacia muy pocos meses ? ¿ No era pública la proteccion

que se daba á nuestros rebeldes que se hallaban en las provincias fronterizas.

En cuanto á la Inglaterra podia suponer acaso la opinion vulgar que mirase con ojos mas benignos nuestras cosas; mas era preciso ignorar la historia de aquel pais, y desconocer la de todas las corporaciones aristocráticas de todos los paises, para no ver que el restablecimiento de la Constitucion de España debió de haber sido tan ofensivo á sus ojos, como á los de los gabinetes mas exclusivos y absolutos. Habia dejado, es cierto, de vivir el famoso lord Castlereagh que pasaba por uno de los principales agentes y resortes de la Santa Alianza; mas su sucesor aunque con mas moderacion no dejaba de pertenecer á su partido, y de adoptar los principios del gabinete tory, de quien era en cierto modo el alma. Si repugnaba á aquel gobierno asociarse á una obra de violencia á mano armada y de que debian ser instrumento egércitos franceses, no eran en él menores los deseos de que se introdugesen entre nosotros cambios que satisficiesen las exigencias de sus pretensiones exclusivas. Su conducta en todas aquellas transacciones fue vacilante y equívoca, como de una persona que quiere y no quiere, que se ve entre dos cosas del todo incompatibles, que en tomar partido por una contra otra, ve gravísimos inconvenientes, y concluye al fin por abandonarlas á las dos á sus destinos. Los sucesos que sigan aclararán mas aquesta idea.

Basta nos parece lo indicado para demostrar, del modo con que las cosas morales se demuestran, que los soberanos de la Santa Alianza congregados en Verona, no podian pensar ni soñar apenas en modificar las instituciones de la España. Era su absoluta destruccion, era el restablecimiento del despotismo á lo que aspiraban aquellos príncipes que se niegan hoy á reconocer el trono de Isabel II; porque á sus ojos representa una época de emancipacion y libertades que tanto les ofenden. A tener semejantes intenciones, nada era mas fácil para ellos que hacerlas saber de un modo claro y terminante. Nada hubiese sido entonces mas natural que haber invitado al gobierno español á tomar parte en aquellas conferencias, y en el caso de que esto les embarazase, manifestar al menos en términos polí-

ticos y urbanos cuales eran sus deseos. Mas como estos no eran de conferenciar y negociar, como se trataba de trastornar y destruir, como habian encomendado su negocio á la fuerza de las bayonetas, trataron naturalmente de facilitarles el camino, arrojando entre nosotros nuevas teas de discordia que nos dividiesen, que nos hiciesen mutuamente sospechosos, que separasen las Córtes del pueblo, los Ministros de las Córtes, el Monarca del partido liberal, y á todos de aquellas personas que se presentaban como sus apoyos naturales. Les pareció sin duda muy prudente sembrar el miedo, la consternacion, la desconfianza y la sospecha; hacer sonar muy alto el acento de las amenazas, no perdonar medio de que se sintiese todo el lleno de la indignacion de aquellos Monarcas que ya se hallaban con el brazo alzado para castigar á toda una Nacion, que se creía con derechos para darse leyes.

Las famosas manifestaciones de la Santa Alianza á sus encargados de negocios cerca del gobierno español, no eran, por mas que se examinen, otra cosa. Era nueva, era inaudita en los fastos de la diplomacia esta manera, y sobre todo esta clase de comunicaciones hechas á un gobierno. Es inútil repetir aquí el contenido de unos documentos por desgracia célebres. Nos contentamos solo con invitar á que los lean otra vez los que tan ligeramente acusaron la conducta del gobierno español en aquellas circunstancias. Mediten de nuevo sobre su tono, sobre sus cargos, sobre sus acusaciones, sobre sus calumnias, sobre sus amenazas, sobre la horrible oscuridad y confusion en que trataron de envolverse, y digan si se atreven, que se podian esplicar asi los que intentaban abrir un campo de negociaciones.

Al pie de dichas comunicaciones venian naturalmente casi escritas las respuestas. No vaciló un momento el gobierno sobre las que debia, las únicas que tenia que dar á un lenguaje tan desusado, tan no merecido y tan odioso. Vió sobre sí una crisis terrible para los negocios públicos de España: vió llegado el momento de tener que apelar á la defensa del honor y libertades nacionales con las armas en la mano. Se le presentó á sus ojos todo el peso de aquella grandísima responsabilidad que sobre él iba á caer en

aquellas circunstancias. No desconoció que de las respuestas que iba á dar á los gabinetes de la Santa Alianza, pendian tal vez los destinos de la patria; mas no vaciló como hemos dicho ni un momento en adoptar la sola conducta que restaba á un gobierno que se hallaba al frente de una Nacion como la España. Cualquiera duda, cualquiera tergiversacion, cualquiera dilacion que hubiese observado en concluir este negocio, hubiera producido la suspicacia y la animosidad, hubiera encendido en los ánimos de los liberales animados entonces de confianza, las mismas teas de discordia, único fin á que iban las notas dirigidas. Hubiesen comprometido los Ministros su reputacion, hubiesen hecho un sacrificio doloroso, mas del todo inútil, mas acaso funestísimo á la salud de la Nacion en aquellas circunstancias. Estaba ya la suerte echada; estaba irrevocablemente decretada la destruccion á cualquier precio de la independenciam y libertades españolas. En tan criticos momentos no habia mas puerto de salud que la union de los españoles todos que podian ser sinceros en su profesion de fe política: no habia mas remedio que el no esperar ni indulgencia ni perdon de quienes habian anunciado del modo mas solemne que no se merecian. En ciertos lances la mayor prudencia es el arrojo: cuando cuenta un enemigo con la indecision, con la desconfianza mútua en que puede sumergir á sus contrarios, es un deber en estos, es el mejor modo de desconcertar sus planes el defraudar con su conducta tan necias esperanzas. Asi lo vió el gobierno entonces. Asi lo ve despues de doce años de calma y de meditacion, en que se han enfriado naturalmente las pasiones, el que escribe aquestas líneas. Ninguno de los que entonces acriminaron y acriminan todavia esta conducta, ha indicado de un modo terminante la que se debió seguir en aquellas circunstancias: ninguno se ha tomado el trabajo de anunciar cuáles eran las verdaderas intenciones de la Santa Alianza al emitir unas notas tan estrañas; nadie las ha traducido en un lenguaje inteligible, ni esplicádose de un modo neto sobre qué especie de respuestas provocaban.

El gobierno se apresuró á manifestarse del modo mas claro sobre este negocio, á no dejar la menor duda sobre sus principios é intenciones. Acostumbrado siempre á con-

tar en todos los asuntos de importancia con el Congreso Nacional, pasó en seguida á su seno á enterarle de oficio de lo que ocurría, y la resolución que habia tomado. En su unánime aprobacion hallaron el eco de sus propios sentimientos. La respuesta solemne y lacónica dada por el Presidente despues de la lectura de aquellos documentos, fue para el gobierno una gran satisfaccion que necesitaban en momentos de tanta publicidad, en que se trataba de negocios de aquel grado de responsabilidad, de importancia. Por primera vez en toda aquella época constitucional se pusieron á un tiempo en pie los diputados todos animados de un mismo sentimiento. Por primera vez resonaron en las galerías aplausos generales, que no se pensó ni se quiso refrenar en aquellas circunstancias tan solemnes. No quisieron las Córtes sin embargo tomar resolución alguna en aquellos instantes de calor y entusiasmo. No quisieron que se atribuyese á impresiones del momento, lo que tenían que decir en aquella ocasion tan nueva y tan extraordinaria. Y así á breve rato despues de la lectura de los documentos y de haber mediado algunas esplicaciones sobre puntos secundarios, levantaron la sesion, dejando para otra la conclusion de este negocio. Dos dias despues se reunieron para examinarle con calma detenida.

Presentó la comision diplomática el proyecto de un mensaje al Rey, en que se aprobaba la conducta del gobierno del modo mas esplicito, y se ofrecia la cooperacion del Congreso Nacional para cuanto fuese necesario para llevar adelante sus principios é intenciones. En ninguno encontró oposicion esta medida; mas provocó los discursos elocuentes de los oradores que mas brillaban en aquella escena. Produjeron estos una semejanza á la que se habia visto hacia dos dias. El mismo entusiasmo en los individuos del Congreso; iguales aplausos en las galerías, igual unanimidad en la aprobacion del mensaje que era la cuestion del dia.

El público de Madrid fue el eco de lo que se dijo en estas dos sesiones de las Córtes. Es pública y notoria la unanimidad de sentimientos manifestados por todos, y hasta qué punto de concordia y de fraternidad pudieron llegar los ánimos escitados por una causa que tan nacional se

mostraba para todo el mundo Si hubo desaprobadores, ninguno se atrevió á dar publicidad á sus particulares sentimientos. Se mostró la Imprenta pública tan unánime como los particulares, y nadie pensó en alterar el órden que pudo haber estado muy comprometido, si se atiende á que vivian en Madrid los embajadores de las potencias que tal nos insultaban. Mas fueron respetados sus asilos, y nuestra observacion repetida tantas veces de que las agitaciones pasajeras de la capital no afectaban nunca sériamente el órden público, se puede aplicar aun con mas verdad en aquellas circunstancias.

Se sabe de qué modo en las provincias, en los puntos todos de la Monarquía se correspondió al llamamiento que se habia hecho en Madrid á los sentimientos nacionales. El Congreso Nacional y el gobierno se vieron inundados de felicitaciones por parte de toda suerte de individuos y de corporaciones, tanto civiles, como militares, como literarias y científicas. No dejaron hasta las eclesiásticas de concurrir por su parte á una manifestacion que las circunstancias promovian. ¿ Quién duda que muchas de ellas no serian sinceras, que el ejemplo en unos, que el temor de no quedarse atras en otros, influyeron naturalmente en muchos escritos de esta clase? Pero es un hecho que aquella ocurrencia habia escitado una especie de encendimiento universal, propio de la ocasion y del estado en que los ánimos se hallaban en aquella época.

Mas el entusiasmo es un fuego que se desvanece con la misma facilidad que se enciende y comunica. Pudieron muy bien los ánimos haberse agitado por una parte con razon, mas sin medios por la otra para hacer frente á la tempestad que nos amenazaba. Pudo muy bien el gobierno haber sostenido el honor nacional en aquellas ocurrencias, haberse conducido con un noble orgullo, abriendo al mismo tiempo para la Nacion un abismo de calamidades. No bastaba seguramente obrar con firmeza y resolucion en aquellos criticos momentos: era preciso saber si habia recursos ó no para dejar airosas las contestaciones. ¿ Los tenia el gobierno? ¿ Podia contar como se cuenta moralmente en tales casos con poder hacer frente á las innumerables dificultades, á los resultados que debian naturalmente produ-

¿cir por parte de la Santa Alianza una conducta que en el gobierno español pudo tener tantos visos de arrogante? Es una cuestion sumamente delicada y espinosa. Mas entraremos en ella con la misma franqueza que en las anteriores.

¿Con qué medios contaba el gobierno español para hacer frente á la tempestad que iba probablemente á desplomarse sobre la Nacion á resultas de sus respuestas á las comunicaciones de la Santa Alianza? He aquí la cuestion difícil, delicada y espinosa por cuantos aspectos se la considere, á que pensamos consagrarnos.

El lector no contará sin duda cuando se trata de materias de esta clase con demostraciones matemáticas. No las hay en política, ni los gobiernos proceden jamás en sus operaciones sobre datos tan seguros. Se examina el pro y el contra de un negocio, se abre el libro de las conjeturas, y se toman decisiones segun el cálculo de las probabilidades. A veces las mayores imprudencias son seguidas de los mas brillantes resultados, en otras son desgracias los productos de los planes mas sagazmente concebidos. Si se atiende bien á que en estos casos unos idean y otros ejecutan, se verá que no es siempre acertado juzgar los primeros solo por la naturaleza de los resultados, y que si á veces se los elogia por lo que no han hecho, tambien en ocasiones se les hace cargos que no merecen por ningun estilo.

Aunque los papeles públicos no lo hubiesen ya indicado, se podia conjeturar en aquella época, que no se encomendaria la invasion en la Península, dado el caso que definitivamente se determinase, mas que á egércitos franceses. Era improbable en efecto que el gabinete de las Tuillerías entendiese tan mal sus intereses, y llenase la medida de su impopularidad en el pais, concediendo el paso á tropas rusas, austriacas ó prusianas. Las suyas iban á ser las solas ejecutoras por el pronto de las resoluciones tomadas en el Congreso de Verona, y decimos por el pronto, porque tal vez se pudo haber contado con otras auxiliares, en caso de que las primeras no hubiesen salido airosas en la empresa.

El egército frances no era á la sazón muy numeroso. Habian desaparecido de sus filas la mayor parte de los fa-

mosos veteranos tan acostumbrados á vencer bajo las órdenes de un hombre grande: las tropas eran bisoñas, y conscriptos casi la totalidad de sus soldados: la oficialidad heterogénea en sus hábitos, en sus antecedentes y afecciones. Eran visibles los sentimientos de dolor con que se echaba todavía de menos la famosa bandera nacional, á cuya sombra se habian conseguido tantos triunfos. Para nadie era dudoso el descontento que fermentaba en el ejército, y para todos un problema si podian contar con uno los Borbones.

La invasion de España no podia menos de ser impopular sumamente en Francia. Repugnaba demasiado á los hábitos y á las ideas de aquel pais,preciado de ser el centro de la civilizacion y de las luces, prestarse á ser instrumento de tan odiosa iniquidad, y consagrar sus armas al triunfo de la preocupacion y el fanatismo. Quedaban en su seno recuerdos demasiado dolorosos para que se asociasen á enemigos que los habian humillado en otro tiempo. No eran los Borbones ni respetados ni queridos. En la cámara de sus Diputados, en las producciones de la Imprenta cuando no estaban sujetas á censura prévia, en las diferentes conspiraciones y movimientos revolucionarios sofocados desde sus principios, se echaba bien de ver el estado de descontento, de agitacion y efervescencia en que se hallaban entonces la mayor parte de los ánimos.

La España podia verse, pues, en el peligro de ser invadida por un ejército de cien mil hombres, sobre poco mas ó menos, heterogéneo en su organizacion moral y física, en quien no podia reinar entusiasmo patriótico, ni algun otro de aquellos sentimientos grandes que pudiesen animarle á una conquista. Debía á todo mas obedecer las órdenes que se le diesen, dirigirse á los puntos que se le fijasen, y hacerse instrumento de una política que no le interesaba; mas era imposible que la idea de su asociacion con los enemigos de la libertad de España, de su alianza con las clases fanáticas y estúpidas que lo llamaban en su auxilio, dejase de ser del todo repugnante á leales, á valientes militares acostumbrados á emplear sus armas en misiones tan diversas. No podia menos de estar muy mal dispuesto un ejército á quien se encomendaba un encargo tan odioso. El

recuerdo por otra parte de lo ocurrido en la guerra de la independencia, la memoria de los desastres espantosos que habian sufrido en otro tiempo egércitos mucho mas numerosos y aguerridos, debia de ejercer una influencia poderosa en los ánimos de este nuevo, á quien se mandaba pisar un suelo tan fecundo en toda suerte de peligros.

Nadie puede negar que debia de hallarse en esta situacion el egército encargado de invadir la España. Examinemos ahora la del nuestro. Si no podia contar con los recursos de órden material que favorecia mas á sus contrarios, si podia ser inferior en artillería, en trenes de campaña, en enseres y pertrechos accesorios de ventajas y victorias, si no podia contar acaso con un número de generales experimentados y de igual saber al de los que venian al frente del egército enemigo, tenia otras ventajas y un órden importante que no podian menos de producir efectos saludables. Habia en el egército español un número considerable de gefes superiores de valor y de capacidad que habian tenido su escuela militar en la guerra de la independencia. Los últimos años de esta lucha célebre habian producido un número muy considerable de oficiales de clase inferior, que se habian acostumbrado á hacer la guerra por principios, y familiarizado con todas sus vicisitudes. Las tropas no eran tan visoiñas como las francesas: la guerra de los facciosos las habia endurecido á la fatiga, y acostumbrado á toda suerte de penalidades. Era notoria su fidelidad á la causa nacional, y en nada desmentian la gran reputacion de infatigable y de sufrido en las privaciones de la guerra que se ha merecido el soldado español en todas circunstancias.

Era en aquel tiempo nuestro egército eminentemente constitucional por sus ideas, por sus sentimientos y hasta por sus mismos compromisos. En la lucha que se preparaba, iba á combatir por su honor, por defender el buen nombre nacional, por los intereses mas sagrados que podian escitar su noble orgullo. Jamás podia presentarse delante de sus ojos un campo mas fecundo en honor, en reputacion, en fortunas y hasta en gloria. Todo debia escitar su emulation en aquellas circunstancias, todo enlazaba sus deberes con las ventajas, con los premios mas lison-

geros con que se podia halagar ambiciones militares. Presentes estaban los que se habian obtenido en la guerra de la independencia; nadie podia ignorar que en circunstancias como las de entonces, se colocan los hombres por la fuerza de las cosas, donde su mérito los llama, y que entre las clases ínfimas y las mas elevadas suele no haber mas intervalo que las hazañas ó glorias de un momento.

Considerados asi los dos egércitos que iban á medirse, nadie negará que por lo menos estaban muy equilibradas las ventajas. Si consideramos ahora que el teatro de la guerra para el uno era un pais extraño, y que era su mismo suelo patrio el de su contrario, se verá cuantas probabilidades ofrecian á favor de este, no solo las circunstancias de entonces, sino el recuerdo de otras anteriores. No podia tener el gobierno la ilusion de que la guerra que se preparaba, ofreceria los mismos síntomas de nacionalidad, que la antigua de la independencia; pero no ignoraba que en las diferentes clases del pueblo español habia muchos elementos que podian auxiliar eficazmente los esfuerzos de las tropas nacionales. La Milicia Nacional estaba animada del mejor espíritu. En las clases industriales y aun en las mas bajas de la sociedad, reinaban sentimientos de la adhesion mas viva al sistema constitucional, y los mayores deseos de cooperar en cuanto pudiesen á su triunfo. Infinitos hombres sobradamente circunspectos que podian aguardar en inaccion completa á que la lucha tomase un semblante conocido, se hubiesen sin duda pronunciado en el sentido que les dictaban sus principios, inmediatamente que luciese á sus ojos la esperanza de que no serian envueltos en calamidades que temian. Todo se mostraba favorable en los cálculos de la probabilidad á nuestra causa; todo parecia declararse contra los proyectos de nuestros enemigos. Para llevarlos á debido efecto, necesitaban estos una série no interrumpida de prosperidades en la guerra: necesitaban arrollarlo todo, vencer en todos los encuentros, encontrar toda suerte de recursos en el pais que transitaban, y no sufrir revés ninguno. Para reparar sus pérdidas el nuestro, para equilibrar por lo menos la fortuna declarada en contra suya, les bastaba conseguir alguna ventaja considerable sobre el egército enemigo. Se sabe los resultados felices

de las obtenidas en otro tiempo sobre las huestes invasoras, se sabe los recursos inmensos que se sacan de un terreno como el nuestro, y del espíritu de una poblacion tan dispuesta á tomar parte en todas las vicisitudes de una guerra. Un retroceso verificado en el egército invasor hubiese ido acompañado para este de un sin número de contratiempos. Se hubiese apoderado el desaliento de unas tropas tan poco acostumbradas á las vicisitudes fatales de la guerra: hubiesen manifestado sus sentimientos que ocultaban hasta entonces los infinitos individuos que se indignaban en secreto contra su mision tan detestable. Les hubiesen faltado los recursos en aquel cambio de fortuna: se hubiese conitado contra ellos la poblacion entera, y la misma canalla que celebraba su venida, no hubiese tal vez sido la última en incomodarlos por la retaguardia y por sus flancos, sacando el partido posible de todos sus desastres. ¿Quién ignora los que produce un contratiempo ocurrido en un suelo enemigo, donde la falta de recursos, el carácter de los habitantes, los accidentes del terreno y hasta el mismo clima se conjuran contra el egército que se ve en conflicto semejante? Presentes estaban á los recuerdos de todos los que en épocas recientes, los que en el mismo suelo español hacia poco habian experimentado otras tropas mucho mas formidables y aguerridas.

Pero no era solo un egército francés con quien nos teníamos que medir, nos responderán muchísimos. Si se podia resistir al impulso del primero, no era el único con quien nos podia invadir la Santa Alianza. Mas egércitos quedaban en Francia dispuestos á reparar las pérdidas de sus precursores. Tenian los suyos los otros príncipes, que vendrian si fuese necesario á coronar la obra por los primeros comenzada. ¿Qué podria hacer entonces la Nacion contra este torrente de soldados, cómo podria defenderse contra los esfuerzos formidables de tantas potencias conjuradas en su ruina? Decretada por ellas la de la Constitucion, era inútil toda resistencia. Era el solo puerto de salud, ponerse de rodillas, decir en actitud tan humilde su *peccavi*, y entregarse sin condicion en manos del Monarca reintegrado en sus derechos de príncipe absoluto.

Responderemos á estas objeciones, que son meras fan-

tasmas con que se fascinaron entonces los ánimos de los incautos: que los egércitos del Norte no podian moverse con la celeridad que supone la imaginacion: que era demasiado impopular el gabinete de las Tullerías para resistir á los clamores de toda una Nacion, irritada contra las desgracias merecidas de sus tropas; que la Inglaterra sobre todo que se habia mostrado tan pasiva sobre la invasion, no consentiria la prolongacion de una lucha que le hacia indispensable el declararse por alguno de los dos partidos, á menos de resignarse al miserable papel de ser nula en conflictos de tanta trascendencia. ¿Hubiese unido sus armas á las de los egércitos aliados? Imposible para un gobierno que estaba á la cabeza de una Nacion como la Inglesa. No le convenia entonces la guerra por ningun estilo. Todos sus esfuerzos en España se dirigian á que esta guerra no existiese, como lo haremos ver muy luego.

La prolongacion de la lucha hubiese redundado en nuestro honor, y sido nuestro puerto de salud en aquellas circunstancias. Al ver los soberanos de la Santa Alianza que éramos sinceros en nuestros principios de política, que teníamos resolucion para defender con las armas en la mano lo que habíamos dicho, proclamado y aun cantado en tantas ocasiones, hubiesen meditado un poco sobre los compromisos á que se esponian, sobre los peligros que en todos sentidos nos rodeaban, sobre lo minados que sus tronos quedaban á su retaguardia. Hubiesen visto que oprimir á una Nacion que se hallaba en aquellas circunstancias, que imponer un yugo odioso que repugnaba á su carácter y al estado de sus necesidades, aumentaria necesariamente la odiosidad de que eran objetos ellos mismos á los ojos del público pensador é inteligente de la Europa. La resistencia era nuestra salvacion: solo á favor de ella podrian verificarse las negociaciones con que tanto soñaban, las negociaciones que en aquel estado no hubiesen redundado en nuestra mengua. Asi, asi tan solo se podia negociar; no sin lucha y sin combate. Era sin duda una situacion muy dura la que nos precisaba á pasar por pruebas tan terribles. Agradable no era de tener que defender con las armas nuestra libertad; mas por estos solos medios que disfrutaban sus beneficios en el dia otros paises y donde

las actuales generaciones recogen el fruto de la sangre vertida por sus padres. Tal era repetimos nuestra situacion; mas el gobierno no la habia creado. Si se hubiese tratado solamente del honor español, hubiese sido un problema la conducta que debiera haber observado en aquel lance tan dificil. Mas en el honor español iban envueltos á sus ojos la salud, la felicidad, la independendencia, las libertades y las glorias de la Nacion, á cuyo frente estaba. Humillarse sin provecho, era un horrible sacrificio; negociar sin combatir, era una quimera entonces á sus ojos, como lo puede ser hoy dia despues de once años de esperiencia tan calamitosa. La cuestion era clara y positiva. Ninguna debió de haberse envuelto en menos sombras. Mas no se combatió: el espiritu de seduccion, el fatal error que se apoderó de muchos hombres sin duda respetables, el engaño funestísimo de que se podian obtener honrosas condiciones, dejando las armas de la mano, fueron los implacables enemigos que nos vencieron en aquellas circunstancias. Si hubiésemos quedado esclavizados despues de haber llevado lo peor en los campos del combate, si se hubiese regado nuestro suelo con sangre de sus amigos y enemigos, si hubiesen cedido nuestros egércitos á la fuerza invencible de sus adversarios, si los liberales todos hubiesen sucumbido al número mayor de sus rivales, hubiese sido entonces acusado el gobierno con justicia de haber provocado luchas desiguales. Mas no hubo lid, no hubo choque, no hubo sérios conflictos, no hubo los desastres y calamidades que acompañan los horrores de una guerra. El gobierno provocó un ensayo: creyó necesaria una esperiencia para poner en salvo el honor de la Nacion y sus destinos. La esperiencia no se hizo. ¿Fue por culpa del gobierno? ¿Ató las manos á los encargados de esta prueba? ¿Paralizó los esfuerzos de los liberales? ¿Adormeció al público sobre lo probable ó lo inminente del peligro? Los párrafos que sigan aclararán estos puntos tan interesantes.

Cuatro dias despues de la lectura en las Córtes de las comunicaciones de los gabinetes de la Santa Alianza y sus respuestas, pidieron sus pasaportes los encargados de negocios de Rusia, Prusia y Austria, quienes partieron inmediatamente.